

REVISTA **XXIV** SEGUNDA ENTREGA 1988
UNIVERSITARIA





1888
*El inicio de una
canalización*

El puente de Calicanto comienza a destruirse.

ARCHIVO FOTOGRAFICO U. DE CHILE.



Al llegar Pedro de Valdivia al valle del Mapocho, quedó complacido de su verdura, la que, sin embargo, no surgía tan espontáneamente como podría suponerse, sino que ayudada por una red de acequias y canales de regadío, los cuales, en buena medida, se debían al cruel cacique Vitacura, que había dirigido parte de las obras, asegurando a sus hombres que si el agua no corría oportunamente por esos cauces, entonces correría sangre. Y corrió.

Detrás de la frescura de la vegetación, sus flores y sus frutos, no imaginó el Adelantado que dos grandes problemas subyacían al lugar elegido para la fundación de la primera ciudad y que la iban a acompañar inseparablemente a lo largo de los siglos: los terremotos y las "avenidas" del río Mapocho.

A poco de la fundación, ya se comentaba el caprichoso comportamiento del río, que ora discurría tan escaso de aguas, que éstas no alcanzaban para regar las chácaras de Peñaflores y Talagante; ora aumentaba su caudal habitual a tales extremos, que, desbordándose, barría la ciudad. La historia recuerda las crecidas de 1574, 1581, 1609, 1618, 1748 —que se llevó el antiguo puente de cal y ladrillo construido por Joseph de Gatica—, 1767 y muy especialmente aquella de 1783, en que "violentos remolinos de agua estremecían los ya trizados tajamares y la corriente impetuosa arrastraba árboles enteros, animales, ranchos de paja, con los techos poblados de gallos y otras aves que lanzaban gritos pavorosos". Aquí y allá aparecían más y más cadáveres, que volvían a hundirse, para sobrecoger de nuevo con su trágica presencia los ánimos de los santiaguinos. A mediodía arreció el torbellino. La riada rompió primero al oriente, arrasándolo todo. Cuando crefase que esta sangría salvaba la ciudad, cedieron las defensas y el alud se precipitó por lo que ahora es la Alameda. Los vecinos pretendieron vanamente encauzar el caudal por ella, defendiendo las bocacalles con barricadas de madera; pero la catástrofe apenas había comenzado" (Encina-Castedo).

Algo más tarde se tumbaron catorce cuadras de los tajamares, pero el puente de Calicanto resistió los embates y, de alguna manera, para mayor desgracia, hizo las veces de represa. Se recuerda que el Convento del Carmen Bajo quedó completamente aislado en medio de las violentas corrientes. Algunos valerosos jinetes lanzaron sus caballos a las aguas, logrando alcanzar el templo, en cuyo coro "se habían encaramado las aterradas monjas". Estas fueron urgidias a montar "al anca" y, por un estrecho agujero abierto en la tapia del convento, lograron salvar con vida, siendo albergadas en la Catedral.

A pesar de la irreprochable calidad de los nuevos tajamares, cuya construcción tomó a su cargo el arquitecto don Joaquín Toesca a fines del siglo XVIII, hacia 1855 se comienza a acariar la idea de canalizar el río, como solución definitiva al viejo problema. Vicuña Mackenna incluyó este proyecto en su programa de obras a realizar en la capital y encargó un estudio del mismo al ingeniero Ansart. Este demostró que la canalización recuperaría para la ciudad una apreciable cantidad de hectáreas de suelo urbano para destinar a avenidas, parques y construcción de viviendas, lo que amortizaría su costo inicial. En el breve lapso en que Vicuña Mackenna desempeñó la Intendencia, el trabajo fue de los escasos que no alcanzó a ser realizado.



El río Mapocho en su nueva expresión urbana.



Las gruesas fundaciones que socavaron el puente de Calicanto.



El montaje de los primeros puentes construidos por Lever, Murphy & Co.

Pero por ley de 13 de enero de 1888, se autorizó al Presidente Balmaceda "por el término de tres años, para invertir hasta la suma de quinientos mil pesos en la canalización del río Mapocho". El artículo 2º señalaba que "de los terrenos que se formaren con la canalización del río, se deducirán los necesarios para calles, plazas i edificios públicos, i el resto se enajenará en pública subasta".

Los ingenieros José Luis Coó y Valentín Martínez dirigieron las faenas, organizándolas de manera muy dinámica y eficiente. Desgraciadamente las excavaciones para la fundación de los muros socavaron la estructura del puente de Calicanto. "Se desprendió primero un machón de lado norte, entre el segundo y tercer arco y luego siguieron otros desplomes" (León Echaiz); su caída produjo una extraordinaria conmoción en Santiago.

De los dos puentes existentes hacia mediados del siglo XIX, el viejo Puente de Palo frente a Recoleta fue destruido por el río en 1877 y la nueva tragedia dejaba a La Chimba sin comunicación vehicular con Santiago. Valentín Martínez concluyó aceleradamente un puente provisorio, donde estuviera el de Palo, que entró en funciones en septiembre de 1888.

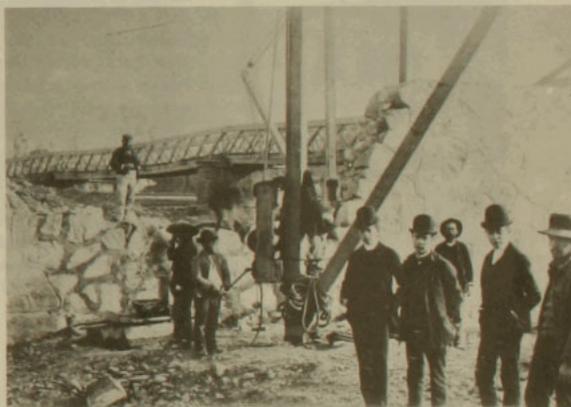




Carretas y mulas fueron reemplazadas por la energía mecánica.



El puente provisorio de Vicente Martínez permite unir nuevamente mediante tranvías de sangre La Chimba y el centro de Santiago.



Una visita de obra, mientras se levantan los muros.



La envergadura de las obras obligó a una nueva provisión de fondos, esta vez por ley de 14 de agosto de 1889, que autorizó "al Presidente de la República, por el término de tres años, para invertir de fondos nacionales la suma de dos millones novecientos mil pesos en los trabajos de canalización del río Mapocho, a más de los quinientos mil pesos concedidos por la ley de 13 de enero de 1888". Una nueva ley de fines del mismo año, permitió acelerar la inversión y ya en 1890 se montaron los primeros puentes metálicos que reemplazaron los viejos vados -Purísima, Mackenna y 21 de Mayo-, construidos en Valparaíso por la Maestranza de Lever, Murphy & Co., que hasta hoy prestan valiosos servicios.

La canalización comprendió el tramo entre las Hornillas (hoy Vivaceta) y la Plaza de La Serena (hoy Plaza Baquedano): finalmente el río se urbanizaba junto a la ciudad.

Ramón Alfonso Méndez Br.
Arquitecto, Profesor Facultad Arquitectura UC.